**FLOR GRANATE EN EL DESIERTO PAGANO**

*El 17 de Enero de 1995, Juan Pablo II, durante su visita pastoral a Papua‑Nueva Guinea, beatificó en Port Moresby (Nueva Bretaña) a PEDRO TO ROT, catequista y mártir. Es fruto significativo de la evangelización que, desde 1882, realizan en aque­llas latitudes los* ***Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús****. Una tierra, que, a la llegada de los primeros mi­sioneros, se contaba entre las más primitivas del mundo entre cuyos habi­tantes se observaban prácticas de caniba­lismo, es hoy una floreciente cristiandad, con clero indígena y vida religiosa pujante. Fueron necesarios los esfuerzos denodados de muchos misioneros, en medio de sacrificios, penalidades, también persecuciones, co­ronadas en ocasio­nes con el martirio. El catequista Pedro To Rot, ahora beatificado, es un ejemplo.*

**INFANCIA**

Angel To Puia, jefe respetado y rico, vivía con su esposa, María Ja Tumul, una mujer honrada y silen­ciosa, en la al­dea de Raku­nai, en el extremo nororien­tal de Nueva Bretaña. Hombre de gran influen­cia entre los suyos, la tribu Gunan­tuna, era con­siderado como padre y protector, cuyo consejo se bus­caba y cuyas opi­niones con­taban en orden a la vida de la comuni­dad.

Tuvieron seis hi­jos. Los dos últi­mos murieron muy niños aún. Pe­dro era el ter­cero. Nació en 1912. Se hizo notar ense­guida por su do­cili­dad y obedien­cia, aunque es­taba ador­nado de un carácter enérgico.

Su padre vió en él a su futuro su­cesor al frente de su pueblo de Ra­kunai, lo que le indujo a no mi­marle nunca, aconse­jarle, re­prenderle, incluso castigarle en los fallos, aunque fueran míni­mos.

Comienza a frecuentar la escuela de la misión hacia los siete años y no falta ni un sólo día, a no ser por causa de en­fermedad: Detalle significa-tivo, tanto del cuidado de sus padres, como del pundonor del niño, en un pueblo en que no ha­bía obli­gación de asisten­cia a la escuela, y, peor aún, en una tribu que no se distinguía preci­sa­mente por su afi­ción a las ideas y cos­tumbres cristia­nas. Los ni­ños se sentían indepen­dientes, libres; vi­vían con quien les apete­cía, ya fuera con su padre, ya con alguno de los tíos maternos, siem­pre bajo el dominio consue­tudinario de la madre, en una sociedad con muchos elementos de ma­triar­cado clásico.

To Rot era inteligente, captaba ense­guida los temas y acostum­braba a estar muy atento. “Era el primero en respon­der a las cues­tiones del maestro”, declara uno de sus antiguos con­discípulos. Otro subraya su afi­ción a aprenderse pasajes de la Biblia y recitarlos sin equivocacio­nes. Dis­posiciones que le valieron ser ad­mitido a la primera Comunión en edad muy temprana.   
 ‑ “Todos conocíamos su actitud re­ligiosa”, declara el catequista To Labit, era humilde y muy de­voto del Santísimo. Algunos chi­cos iban a la iglesia sólo a mirar a to­dos lados.., él, en cambio, ve­nía porque Jesús estaba en el Sa­grario.

Era un jefe nato. Sus compañeros aceptaban de buen grado su di­rec­ción en juegos y trabajos. Le obe­decían y sobre todos ejercía una saludable in­fluencia: Les apartaba a menudo de los hurtos a que tan aficionados son los ni­ños, pi­diendo a los dueños per­miso para coger algunos frutos de los árboles y repartirlos entre to­dos. Es cierto que en más de una ocasión parti­cipó en juegos un tanto comprome­tidos y profirió palabras mal­sonantes; pero, en cuanto advertía que el asunto revestía visos de grave­dad, in­mediatamente se aferraba a sus princi­pios cristia­nos y se alejaba.

Fué el primero en ofrecerse cuando el Misionero buscó acóli­tos que asistieran con regularidad a las funciones del tem­plo. Nunca dejó de levantar su mano en gesto afirmativo cuando en la escuela se preguntaba sobre quién había he­cho las oraciones de la mañana y de la noche. Y cuando se pedía una relación de las ac­tividades del día anterior, la de To Rot co­men­zaba invariablemente señalando su ora­ción de la ma­ñana, para anotar a continuación el cumplimiento de las di­ferentes tareas que sus padres le habían asignado.

Después de las clases, se dirigía a casa. Su padre le hacía preguntas y Pedro explicaba cuanto había aprendido. La felicitación de su padre le estimulaba. Ayudaba luego en las faenas domésticas o en los encargos que le hacían. Ob­tuvo el permiso de su padre para hacer perso­nalmente una planta­ción y él mismo cui­daba asi­duamente de ella. Se llevaban muy bien todos los hermanos y Pedro procuraba en todo mo­mento evitar las peleas. Su hermana asegu­raba que nunca se había peleado con él.

Con todos se mostraba educado y servicial y la gente le quería. Aunque hijo del gran jefe, no sa­bía de arrogan­cias, ni de altanería. Su predilección por los pobres era no­toria. A menudo trepaba a los co­coteros para cor­tarles el preciado fruto.

Siguiendo las costumbres de la tribu, visitaba a su tío To Livuana y se le ofre­cía laborioso y obe­diente. Pero su padre no le permi­tía estancias prolongadas fuera de su casa, prefería tenerlo junto a sí. Nadie crea que Pedro To Rot ha­bía nacido santo. Sus travesuras mere­cieron en más de una oca­sión la reprensión y el castigo por parte de su padre. Un día el maes­tro se enfadó con él y hubo de pro­pinarle un cachete. El compa­ñero de es­cuela que lo narra no recuerda el motivo. Otra vez, du­rante la clase de redacción, escribió en su piza­rra una fogosa carta de amor ado­lescente y se la enseñó des­pués de la escuela a Teresa Ja Vinevel. Esta lo comu­nicó a sus propios padres. To Rot lo reconoció ense­guida y la borró para poder hacer las cuentas.

**AÑOS DE JUVENTUD**

Convertido en un joven vigoroso y de buen ver, abandona la es­cuela; pero no la instrucción. Todas las ocasiones y todas las lecturas a que puede tener acceso son buenas para incrementarla.

Sus excelentes disposiciones no pu­dieron menos de llamar la aten­ción del Misionero, que soñó con verlo un día subir al altar como sacerdote. Expuso su pen­samiento al padre de Pedro, que reaccionó muy juiciosamente:

‑ No, Padre, le dijo con una som­bra de pena en sus ojos, yo creo que nadie de nuestra generación sea idóneo para el sa­cerdocio. Dema­siado prematuro. Quizá a alguno de mis nietos o biznietos le quepa ese honor.   
No obstante, si juzga que Pedro puede hacer un buen papel como catequista, no tengo inconve­niente en en­viarle a la Es­cuela de Catequistas de Taliligap.

Dicho y hecho. En el otoño de 1930 emprendía el viaje hacia la Escuela de Catequistas. El P. Car­los Laufer, el mi­sionero que había tenido la iniciativa, le des­pedía con su bendición al tiempo que le aconsejaba:   
‑Sé bueno. Pórtate bien.   
 ‑ Lo será, replicó rápido su padre, de lo contrario no será mi hijo.

**EN LA ESCUELA**

**DE CATEQUISTAS**

Al ingresar en la Escuela de Ca­tequistas de Tililigap su preocupa­ción primera fué la de adaptarse. Pregun­tó a los alum­nos veteranos y se acomodó, desde el principio, a los usos y costum­bres imperantes.

Loable por su comportamiento en clase, miraba hacia adelante y, si­len­cioso, se mostraba atento a las diferentes explicaciones. De vez en cuando partici­paba en las bro­mas de sus compañeros; pero vol­vía a su compostura habitual, en cuanto el profesor hacía la más mínima llamada al orden.

Tampoco rehuía el trabajo ma­nual, como medio de subvenir a las ne­cesida­des de la escuela. Do­tado de salud exce­lente y de un cuerpo ro­busto, seguía las direc­trices impar­tidas y no abandonaba una tarea, ni siquiera cuando apretaba el ca­lor, pues ya se había dado cuenta del valor penitencial del trabajo.

Frecuentaba con gusto la oración. Rezaba con auténtico fervor. Pa­saba por la iglesia antes de ir al trabajo, también a la vuelta, y des­pués de las comidas, y varias veces a lo largo del día, cuando las cla­ses le dejaban algún tiempo libre. Sentía profundo amor a Jesús Sa­cramentado. Co­mulgaba diaria­mente, per­catándose de que Jesús era la vida y fuerza de sus obreros.

En la Escuela de Catequistas ha­bía tiempos dedi­cados al deporte y ex­pan­sión. A Pedro le gustaba. Par­ticipaba en el fútbol y en otros jue­gos. Rehuía, em­pero las discu­siones que se originaban. De temperamento alegre y bromista, cuando dos compañeros se pega­ban, les hablaba bromeando, a fin de hacerles reír y lograr que el en­fado se fuera disi­pando. Si al­guno le molestaban, ni si­quiera pasaba por su mente la idea de re­sarcirse.

Un día cualquiera, jugaban en la calle un grupo de estudiantes. Uno de ellos se empeñó en moles­tarles, hasta tal punto que el resto, indig­nados, le ataron de pies y manos y lo dejaron aban­donado a su suerte.

Pedro contemplaba la escena un tanto alejado; cuando se marcha­ron, se acercó, desató al desventu­rado camo­rrista, corrió al encuen­tro de los otros, solicitando disculpas, y no abandonó al com­pañero hasta haber logrado que le dejaran en paz, olvidando el inci­dente.

Si alguno de sus compañeros sentía hastío por la vida en la Es­cuela y quería marcharse, siempre escu­chaba de Pedro pa­labras de aliento, que le hacían desistir de su propósito.

**EL CATEQUISTA**

No fue prolongada su estancia en la Escuela. Su párroco le necesi­taba y le llamó antes de terminar el tercer año. Regresó a casa para convertirse en le ca­tequista más joven de la zona de Rakunai. Era a principios de 1933.

Sus compañeros catequistas recal­can, en sus recuerdos, la modestia y sencillez de Pedro. Se dejaba guiar en su trabajo y aceptaba con gusto los consejos de los vetera­nos. Bien pronto, sin embargo, hubieron de reconocer su superio­ridad y acatar con gusto su indis­cutible lide­razgo, aunque fuese el más joven de to­dos.

Su actitud no sufrió cambios. Con­tinuó modesto, amable, sencillo, de suerte que logró que entre ellos no hu­biera nunca disensiones, ni envidias, ni resque­mores.

Con frecuencia iba, por las tardes, a visitar a su Párroco. Quería con­tinuar su formación. Le plantea­ba las cuestiones a las que él no en­contraba respuesta.

No le importaba sólo saber cosas: le importaba sobre todo, penetrar­las hasta el fondo, lo que no era, a la verdad, fe­nómeno frecuente en­tre los nativos.

En la escuela de la misión se dedi­caba con tesón a la transmisión de los cono­cimientos recibidos. No le gustaba im­partir clases fuera del horario, pero ja­más lo rehuyó cuando se le pedía.

Durante su tiempo libre, visitaba a mucha gente, en particular, a los enfer­mos. Si alguno revestía espe­cial grave­dad, le visitaba con más frecuencia y se ingeniaba para lle­varle medicinas.

Se le apreció mucho entre la gente como catequistas. “No hubo un cate­quista tan bueno como Pedro”, asegura To Uratun, uno de los que se beneficia­ron de su enseñanza. Claro en sus expo­siciones, sabía responder a las preguntas, pues se había preparado concienzuda­mente. A la gente le resulta­ban agrada­bles sus clases. Sencillo y amable, no se enfadaba ni se de­jaba dominar por arranques de ge­nio, sabía controlarse.

Se las componía, razonando ami­gable e incisivamente, para mediar entre los enemistados, hasta resta­blecer las buenas relaciones, con satisfacción por ambas partes.

Nunca, en sus actuaciones como cate­quista, per­siguió el halago de nadie. Enseñaba 1a fe y defendía abiertamente la moral católica. Si era necesario, tam­bién reprendía. Una noche, él, acompa­ñado de algunos amigos, fue a Vunadidir, cogió los amule­tos mágicos, que la gente había escondido y no dudó en reprender­les enérgicamente, echán-doles en cara su falso cristianismo.

Sus reprensiones - la gente se daba cuenta - no provenían de en­fado momen­táneo o de un carácter atrabiliario. Eran hijas de su celo ardiente, de su amor de auténtico pastor. Todo el mundo se per­ca­taba de que sus palabras nacían de su profunda vivencia. El mismo lo vivía, antes de enseñarlo. Practi­caba lo que predicaba. El jefe Tata recuerda con elogio el buen ejem­plo que Pedro ofrecía a sus paisa­nos.

Se mostraba consecuente con su fe, al revés de los catequistas pro­testantes. No buscaba su encuen­tro, pero tampoco lo rehuía. En más de una ocasión les ad­virtió amablemente: “Ustedes se limitan a repetir lo que se les dice, pero no de­muestran haberlo entendido”.

La gente recuerda con encomio la ca­ridad de Pedro, su preocupación por los indiferentes y por los peca­dores. Trataba de ganarlos con pa­labras ama­bles y bue­nos consejos. Animaba a los que se aleja­ban de la iglesia y de la participación en los sacra­mentos, y procuraba su retorno.

Con su Párroco se mostraba igualmen­te leal y claro. Nunca le ocultó nada. le comunicaba cuanto sucedía y las dificultades encon­tradas. Delante de la gente, le de­fendía abierta y decidida­mente, cuando era necesario. Hasta es po­sible que por esto se enajenara al­gunas voluntades. Mientras duró la paz, nadie mostró su descon­tento.

Viviendo aún su anciano padre, Pedro representa­ba en cierto modo la autoridad del gran jefe, que le apoyaba en privado y en público. Cuando murió el 14 de Septiembre de 1937, Pedro, ya casado, añadió a sus solicitudes habituales, el cui­dado amoroso de su querida ma­dre. A nadie extrañaba oír a testigos oculares declarar que le habían visto rezar a solas tanto en la igle­sia, como en la granja.

Era un hecho cotidiano. Asistía a los diferentes oficios religiosos y comulgaba diaria­mente. Un hom­bre como él necesi­taba la energía que sólo puede encon­trarse en la oración personal, en la unión ín­tima con el Señor. Y más todavía cuando comenzó la guerra, con su se­cuela de miedos y dificultades.

Contra lo que se esperaba, tras la in­vasión de las islas, los japoneses arresta­ron al P. Laufer. Pedro te­mió la profa­nación del Santísimo, que continuaba en la iglesia. Con todo respeto llevó a su caso el co­pón con las hostias consagra­das, lo depositó en el lugar que le pare­ció más adecuado y encendió una lam­parilla. Distribuía la Sagrada Comunión y se preparaba muy fervorosamente él mismo para comul­gar. Antes de tocar las sa­gradas formas, movido por la re­veren­cia hacia el Santísimo, en­volvía los de­dos pulgar e índice en un paño blanco.

**EL ESPOSO**

La única fecha que, en la vida de Pedro To Rot, puede señalarse como cierta y segura, es la de su matrimonio canónico. Se casó con Paula Ja Varpit el 11 de Noviem­bre de 1936 en la iglesia de Raku­nai. Paula había nacido el 27 de Junio de 1920 en Ramalmal; pero, a los catorce años había venido a la granja de su madre en Rakunai. Asistía a la es­cuela de la misión y fué así cómo se convirtió en alumna de Pedro To Rot, su futuro marido.

Siguiendo costumbres ancestrales, la familia de Pedro ofreció a la familia de Paula determinada cantidad de regalos, como collares de conchas, uten­silios de mil espe­cies, etc. como "pago" por la hija para su entrega en matrimonio a Pedro.

Ambos, ya conscientes de lo que sig­nificaba el matrimonio cris­tiano, toma­ron aquel acto como verdadera promesa de matrimonio hasta el momento de con­traerlo según las normas cristianas. Todo ello no impidió que Pedro conti­nuase dando clases a su prometida, sin que la nueva situación supu­siera ningún privi­legio para la alumna. Una vez, por soñar des­pierta, la distraída Paula se vio de rodillas y con los brazos en cruz durante un buen rato, como acon­tecía, por la misma razón, con otros alumnos.

El matrimonio fué muy feliz, aun­que, al principio tuvieran sus difi­cultades. Lo cuenta Paula: “En lo comienzos tuvimos algunas peleas. La razón era que yo era un poco dura de mollera". Pero en situa­ciones de diferencia de opinión, era normalmente Pedro quien ce­día primero. Hacía por su esposa cuanto estaba en su mano y acen­tuaba sus cuidados cuando le so­brevenía alguna ligera enferme­dad.

Rezaban juntos por la mañana y por la tarde. El la hacía partícipe de todas sus inquietudes, espe­cialmente durante la ocupación japonesa, cuando, debi­do a las caó­ticas circunstancias de la gue­rra, al­gunos rehusaban seguir las indicaciones del catequista e in­cluso su propio her­mano Tatamay andaba des­orientado.

Nació su primer hijo el 5 de Di­ciembre de 1939. Lo llamaron To Puya, en memoria del abuelo, ya difunto, y en el bautismo le impu­sieron el nombre cristiano de An­drés. Anota To Burangan, compa­ñe­ro de escuela de Pedro, que éste rezaba muy a menudo por su es­posa y por sus hijos, especial­mente por su primogénito. Le sacaba de paseo, le cuidaba, jugaba con él, de suer­te que Andrés pasaba más tiempo con su padre que con su madre.

Dos años más tarde, en 1942, cuando ya la ocupa­ción japonesa había comen­zado, nació una niña, Rufina Ja Mama. No cabe duda de que la vida de Pedro To Rot como esposo y como padre fué ejem­plar. Tenemos un testimonio espléndido en la decla­ración de su tío, el jefe Tarúe: "To Rot, afirma, era un hombre íntegra­mente bueno, que nunca decep­cionó. Eran sus pala­bras tan buenas como sus he­chos. Pensaba sólo en la religión. Su matrimonio fué para él sagrado y luchó contra la secularización del vínculo, de­fendida por otros”.

Cuando prematuramente le fué arran­cado a los suyos y martiri­zado, su esposa creyó enloquecer. Tenía, a la sazón, 25 años. A pesar de su juventud, no quería oír ha­blar de nuevo matrimonio: "Nunca encontraré un hombre como Pe­dro". Mas, a la vuelta de algunos años, presio­nada por los parientes y para atender al bien de sus hijos, tan pequeños, aceptó casarse de nuevo.

Llegados los japoneses a Vuna­pope, internaron a todos los mi­sioneros, que­dando en suspenso la escolarización. El P. Laufer obtuvo permiso de la policía japonesa para regresar a Rakunai. Mas, a las pocas semanas, después de Pascua del 42, desembarca en Vu­napope la in­fantería de marina ja­ponesa y le ordena, tanto a él como al P. Wendi y a las Herma­nas MSC, dirigirse a Vunapope. La gente quedaba sola.

Es el momento en que la fe y la deci­sión del valiente catequista Pedro To Rot se manifiesta más pujante, al igual que el amor del pastor por su pueblo y la com­pa­sión por los más afectados por la gue­rra. Se consideraba responsable de la comunidad, llamado a cuidar de todo el pueblo de Rakunai, atender a los enfer­mos, los mori­bundos y los prisioneros.

Trató de llevarse muy bien con los soldados japoneses destacados en Rakunai. Les visitaba al atardecer, como antes hacía con su párroco. Hablaba con ellos de religión y se interesaba por su idioma.

Cuando notó que la situación se tor­naba por momentos más peli­grosa, re­comendó a la gente que, como medida de seguridad, fuera retirando los objetos de la iglesia y de la casa del párroco y lo llevaran a sus granjas respectivas hasta tiempos mejores.

Celebraba ceremonias religiosas y continuó impartien­do clases a los niños. Bautizó a los recién nacidos y unió en matrimonio a las parejas católicas. Pidió a los católicos que se le unieran en pere­grinación a Bitagalip. Era una caminata de seis a siete horas; pero allí, el P. Jünemann gozaba de cierta liber­tad y podía administrarles los sa­cra­mentos. Fueron muchos los que le acompañaron.

La iglesia y la casa parroquial queda­ron destruidas durante el primer año de guerra. To Rot pro­curó que la gente le­vantara una nueva iglesia en la selva. cerca de Palnalama, y allí continuaron los servicios religiosos y la catequesis. Antes de finales de 1943 japoneses prohi­bieron vivir en las granjas y todos se dispersaron por la selva, si bien los domingos venían a la iglesia, para orar y celebrar fun­ciones religiosas, hasta que, in­cluso esto. fue prohibido. Sólo pudo celebrar una Navidad en la nueva iglesia.

Pedro, en esta época, se ocupó es­pecialmente de los enfermos y de los moribundos. Les visitaba, les exhortaba al arrepentimiento, les preparaba a bien morir: si sobreve­nía la muerte, cumplía con ellos la última obra de miseri­cordia, dán­doles sepultura cristiana. Cuando le fue oficial­mente prohibido, con­tinuó haciéndolo en secreto, in­cluso durante la noche, sin temer las desagradables con­secuen­cias a que se exponía. “Ante todo, la obra de Dios”, era su máxima.

Con frecuencia tomaba el largo cami­no hasta Vunapope para bus­car las Sagradas Formas y poder administrar el Viático a los mori­bundos. Aprovechaba estas oca­siones para invitar a las gentes a la adoración del Santísimo.

En el tiempo en que las estaciones misioneras se vieron sin sacerdote, Pedro visitaba aquellos puestos de misión, en que había otros cate­quistas, para ani­marlos y exhortar­los; instruía al pueblo y celebraba matrimonios. A medida que los desplazamientos se hicieron más di­fíciles, les escribía breves notas de con­sejo y orientación. Así lo atestigua el ca­tequista To Jura, de Vunadidir, uno de los beneficiados con las preciosas exhor­taciones de Pedro To Rot.

Cuidaba con amor a los prisione­ros. Preocupación primordial cons­tituía la si­tuación de su Pá­rroco, internado en un campo de concentración . Pedro se las inge­niaba para reunir huevos y otros alimentos, esperaba a la noche y, hur­tando la vigilancia, se los lle­vaba.

Cuando, a causa de lo enrarecida que se había tornado la situación, fueron los misioneros trasladados de Vunapope y se les construyó un campamento en medio de la selva, Pedro organizó una recogida de alimentos, ropa, utensi­lios diver­sos e, incluso, un camión japonés para el trans­porte: pero. llegados al campamento, todo fue requisado por la policía japone­sa.

En Navidad del 44 se enteró Pe­dro de que cuatro Hermanas MSC, recién cap­turadas por los japone­ses, pasaban por Punarama, con­ducidas por los soldados desde Baining, donde trabajaban, para ser internadas en Ramale. Se tras­ladó inmediatamente a aquella po­blación, lleván­doles alimentos y solicitando de la población que les ayudara. Eran las Hermanas Doro­tea, Gertrudis, Elena y Luisa. Con­fiesa la Ha. Gertrudis que, du­rante los diez y siete días que estuvieron retenidas en el campo de concen­tración de Vunaira (Punarama), no les faltaron alimentos, ni jabón, ni quinina. Cuando se fueron, les pi­dió To Rot que presenta­ran sus respetos al P. Laufer y le comu­ni­caran los bautizos, bodas y funera­les que había celebrado en su au­sencia.

A Vunalaka, filial de Rakunai, eran conducidos, de vez en cuando, algunos prisioneros pro­cedentes de Célebes. Llegó un día a oídos de To Rot el ham­bre que pasaban . Sin pensarlo dos veces, cogió una gallina, la cocinó, corrió a donde estaban los prisioneros y se la pasó en secreto. Fue grande la tristeza de estos hombres cuando más adelante se enteraron del asesinato del catequista.

**DEFENSA DE LA SANTIDAD DEL MATRIMONIO**

Las dificultades en torno a la uni­dad e indisolubilidad del matri­monio, en el distrito confiado a Pedro To Rot. apare­cieron, o por lo menos se agravaron, en el transcurso de una reunión mante­nida en Vunakalkalulu. Allí tenía su residen­cia el todopoderoso jefe To Poe. Bajo su jurisdicción estaba parte del distrito mi­sionero de Ra­kunai y también Nangnagunan y Vunakala, cuyos jefes inmedia­tos eran To Lapar y To Vue, res­pecti­vamente.

Es el mismo To Poe quien ofrece al respecto el relato siguiente: Un día, la policía japonesa esta­cio­nada en Kalkalulu. Convoca a todos los jefes. Eran miembros del Mincebu, la Administración Civil Japonesa. Kueka San, oficial japo­nés, propuso a los jefes que toma­ran una segunda mujer. Algunos se mostraron encantados. To Vue apoyó la propuesta, To Lapar la re­chazó. Ambos pertenecían al distrito de Rakunai. Era evidente que esta reunión habría de aportar dificultades muy serias a aquellos católicos recién convertidos, que, además, carecían del apoyo de un sacerdote. Aquí comenzó la lucha de Pedro To Rot en defensa de la unidad e indisolubilidad del ma­trimonio.

El primero en intentar el matri­monio polígamo fue el joven poli­cía indígena To Metapa, de la agrupación de policía japonesa de Vunaiara en Navunaram. Era me­todis­ta, nativo de Nodup. Con la pretensión de convertirla en su se­gunda esposa, trató de ganarse el afecto y los favores de Ja Mentil, mujer casada váli­damente por la Iglesia Católica con To Vinau, y enemistarla con éste. El tío de Ja Mentil, también metodista, se opuso al plan y Pedro To Rot con­siguió hacer fracasar definitiva­mente el intento. Sin embargo el joven policía To Metapa ja­más lo olvidó.

Siguieron otros casos: To Kabang, juez auxiliar del jefe To Lapar, tomó a Ja Lop como segunda es­posa. To Lapar apoyaba al cate­quista Pedro To Rot sin reservas. Invitó a Tarue, el jefe de Navuna­ram, a solucionar el caso. Ambos trataron de convencer a To Ka­bang para que desistiera de su ominoso propósito. Desgraciada­mente no lo consiguieron.

El segundo caso fue el de To Anot, juez auxiliar en Rakunai, que forzó a se­guirle a Ja Palaka, mujer casada con Tarere.

Incluso el propio jefe de To Rot, Tata, sucesor del viejo To Puya, padeció una fuerte tentación, de­seando a Ja Varvay: pero alguien se le adelantó y le dejó sin novia.

Fueron tiempos difíciles para Pe­dro To Rot; pero jamás se dio por vencido. El, único responsable re­ligioso en el dis­trito, a causa de la reclusión del Misionero, se sentía impelido por su conciencia a decir serenamente: “'No puedes hacer eso”.

Y lo decía. En este aspecto, con nadie se comprometía. Y arros­traba el disgusto de los japoneses, que se servían de los polígamos, nombrándoles jefes o adjun­tos. Cuenta el Jefe Tarue, cuya resi­den­cia se alzaba al lado del puesto de poli­cía, que los japoneses acon­sejaron al jo­ven policía To Metapa presentar su caso ante la policía judicial japonesa. Todo el mundo estaba enterado del asunto Metapa.

To Rot, consecuente con su carác­ter apacible y en vista de las parti­culares circunstancias que atrave­saban, nunca actuó ni brusca, ni apasionadamente con reprensiones destempladas o castigos. Siguió siempre, en situaciones tan espi­nosas, fiel a sus principios de amabilidad y persuasión.

Cuando To Metapa deseaba a Ja Mentil como segunda esposa, el tío de ésta se puso furioso ante tal pretensión y retuvo a su sobrina, alegando derechos de protección, que le correspondían, se­gún las leyes del matriarcado, vigen­tes a la sazón. El desilusionado novio recurrió a las autoridades japone­sas, hizo compa­recer a tío y ma­rido para castigarlos por su nega­tiva a entregarle a su pretendida; arrestó al marido y le tuvo atado a un ár­bol durante dos días.

En cuanto To Rot se enteró, hizo que Ja Mentil, que era católica, se trasladase a Rakunai, y, en presen­cia del jefe Tata, la convenció para que fuera fiel a los manda­mientos de Dios y no abandonase a .su ma­rido. Tanto el jefe como el cate­quista, les ofrecieron a ella y a su her­mana Ja Ursula, refugio en Ra­kunai, para salvarlas del policía enfurecido.

Es comprensible que el enojo de To Metapa creciera de punto al ver frustra­dos sus planes por To Rot y que, en ade­lante, aguardase una ocasión propicia para ven­garse.

La fuerza protectora contra los des­manes morales, - ­era para todos evidente ‑ provenía sólo de To Rot, pues To Metapa nada tramó contra Tata, quien, después, ‑ lo hemos apuntado ‑ estuvo a punto de su­cumbir a la tenta­ción de bi­gamia. Es difícil saber si le hubiera he­cho desistir la intervención de To Rot. En todo caso. To Rot no se quedó calla­do, ni siquiera ante su propio Jefe.

Especialmente dolorosa resultó para To Rot la defec­ción de su propio her­mano, que, en secreto, fue a visitar a Ja Tia, proponién­dole ser su segunda espo­sa. To Rot no se deja influenciar por los lazos familiares y se enfrenta con su hermano mayor de modo franco y deci­dido. No le permite convertir a Ja Tía en su segunda esposa, ni llevarla a vivir a la granja familiar Taogo, donde residía él mismo y sus dos hermanos. No impor­taba que Tatamai fuera el hermano ma­yor. Ante el empecinamiento de Tatamai en su propósito, To Rot le expulsa de casa, a él y a su preten­dida segunda es­posa.

Al principio se quedaron a vivir cerca de Vunavuvur: después mar­charon más lejos, a Rajotop. Un sepia de los japone­ses hizo saber al jefe Tata que Tatamai se había quejado al joven policía To Me­tapa, que, a su vez, informó a la policía japonesa. Esto explica la declaración de To Rot cuando, arrestado, le reprochó la policía haber negado a su propio her­mano la posesión de Ja Tia.

La esposa legítima de Tatamai, Ja Tili, se quedó en Taogo, cuidando la casa de su marido. Tatamai, aún lejos de su hermano, no podía me­nos de sentir sus reproches y no aguantó mucho tiem­po en aquel estado. A poco, despi­dió a Ja Tía (que, por otra parte, estaba segu­ra­mente harta de él) y regresó a Taogo, junto a su legítima esposa.

Sin embargo, la gente no olvidó el es­cándalo, y, en especial quienes vivían más lejos, le acusaron de traición a To Rot. Todos le culpa­ron del arresto de su hermano, aunque él fuera detenido al mismo tiempo. Es significativo que en los procedimientos de la policía se re­pro­cha a To Rot haber impedido a su her­mano tener una segunda es­posa.

Naturalmente, la culpa no la echaba la gente sólo a Tatamai, sino también a to­dos los que ha­bían caído en la bigamia y, espe­cialmente, al policía To Metapa. Mucha gente, quizá todos, opinan que la causa del martirio de To Rot fue su de­cidida defensa de la unidad e indisolubi­li­dad del ma­trimonio. Si se hubiera mos­trado más permi­sivo con los elementos destemplados, no hubiera sido acusado por sus actividades de ca­tequista y no hubiera sido asesi­nado.

A este propósito, el catequista To Labit ofrece su propia experiencia: Tanto él como su compañero To Vema se nega­ron a obedecer la prohibición de celebrar funciones religiosas. Cuando, poco des­pués, fueron de­tenidos y conducidos ante los jueces japoneses, se les advirtió que “si no cesaban en la celebración de fun­cio­nes religio­sas, serían primero encar­celados y luego ejecutados'`. Tras esta adver­tencia, les dejaron en libertad.

Pedro To Rot fué citado en nume­rosas ocasiones por la policía ja­ponesa. No fue el único, como lo demuestra el testimo­nio que aca­bamos de citar; pero sí el único catequista de Racunai, que celebró las funciones religio­sas en secreto hasta el último momento. Otros incluso llega­ron a suprimir la ora­ción en grupos.

Además, la persecución religiosa no era igualmente severa en todas partes. Por ejemplo, mientras en Volavolo, cerca de la costa, fueron arrestados todos los catequistas y acólitos metodistas, en Rember y en Tavuiliu, cerca de Rakunai y en Rakunai mismo, nada de eso suce­dió. Parece bastante claro que el arresto de Pedro To Rot fué debido solamente a la traición de sus pai­sanos.

**LUCHA POR LA LIBERTAD**

**Y LA RELIGIÓN**

Todas las citaciones de la policía a To Rot tenían como tema invariable la reli­gión. Le ci­taron por vez primera al co­mienzo de la ocupación japo­nesa. Hubieron de trasladarse a Rabaul, cumplimentando la cita­ción judicial, To Rot, como cate­quista, y el jefe Tata, como res­ponsable del pueblo de Rakunai. Se le preguntó a aquel si era el ca­tequista y si celebraba funciones religiosas. Se le escuchó una doble respuesta afirmativa.

To Keta jefe de la policía nativa, esta­ba presente durante el interro­gatorio. Había sido seminarista y habla­ba perfec­tamente el inglés, circunstancia que aprovechó para ofrecerse a los japoneses, en cuanto desembarcaron, como jefe de la ciudad de Rabaul. Animado de exce­lentes intenciones, quería ayudar en lo posible a sus paisanos y a la población entera. Hizo mu­cho bien a lo largo de su gestión, defendió la religión, y, en aque­lla audiencia, se puso decididamente al lado de To Rot.

La audiencia terminó con resul­tado positivo: No se suprimirían las funciones religiosas; pero, a causa de los bombar­deos, procura­rían no reunirse para la oración mas que en grupos de pocas per­sonas y las funciones religiosas habrían dé celebrarse a primera hora de la ma­ñana. To Rot asintió y ambos, el jefe Tata y él, retorna­ron a Rakunai.

Reinaba, a la sazón, una calma relati­va y todo continuó como de costumbre. To Rot seguía cele­brando ceremonias religiosas los domingos en la iglesia de la selva, en Palmalama, si bien en horas muy tempranas. De todos modos, la asis­tencia no era numerosa, ya que Rakunai contaba sólo con unos doscientos católi­cos.

Pasado algún tiempo ‑ a los japo­neses les habían infligido serios quebrantos en la guerra y las in­cursiones aéreas eran cada vez más frecuentes ‑ fueron nueva­mente citados por la policía el jefe y el catequista. Esta vez hubieron de ir a Ramata, un desfiladero de Ratavul, donde la policía había establecido sus dependencias en trincheras.

Se le preguntó al jefe si To Rot era ca­tequista y a este si continuaba celebrando ceremonias religiosas, impartiéndoles a continuación la prohibición absoluta de cual­quier servicio religioso. ''Las cele­bracio­nes religiosas, les dijeron, son las causantes de la prolongación de la gue­rra.” Esto da una idea del miedo de los japoneses a que las oraciones dispusieran contra el Japón al Dios de los cristianos.

To Rot intentó explicarles que las prácticas religiosas nada tenían que ver con el decurso de la guerra; que, por el contrario, la religión les proporcionaba fuer­zas para soportar las penalidades de la misma y les inculcaba la obediencia hacia los japoneses. El oficial instructor le impuso bruscamente silencio, sin re­vocar la orden: Cualquier fun­ción reli­giosa quedaba en adelante prohibida.

To Rot volvió a casa. Sabía que no podía ignorar la prohibición. Empezó a trabajar con prudencia para no comprometer a otros y para evitar ser nuevamente arres­tado. Confesó a sus cristianos: - “Quieren quitarnos la ora­ción, pero yo haré mi tra­bajo”.

Cavó un refugio en su granja de Taogo. Allí se reunían para la ora­ción. Dejó de celebrar en la iglesia de Palmalama. Distribuyó en tres grupos de oración a los católicos para evitar aglo­meraciones llama­tivas, y se reunía con cada grupo para que le sintieran todos más cercanos

Aconsejaba a la gente prudencia: "Rezad todos los días, pero muy de ma­ñana, y en trincheras". Según el testi­monio de su compañero de colegio To Burangan, lo decía te­niendo en cuenta las incursiones aéreas, la exis­tencia de espías ja­poneses entre sus paisanos y la de aquellos otros para quienes su con­ducta representaba un incordio personal, los que habían rechazado públicamen­te la Ley de Dios.

El oficial japonés de la comisaría de Navumaram, convocó una reu­nión de los jefes y les conminó la prohibición de ce­lebrar funciones religiosas. También To Rot y Ta­tamau estaban presentes. Tatamai refiere que "todos estuvieron de acuerdo” a causa de los ataques aéreos; pero To Rot se mantuvo callado". Después dijo a la gente: `'No os abando­naré, seguid acu­diendo cada día, por la mañana lo más temprano posible".

Por tercera vez se citó a To Rot, junto con otras personas. En el camino les sor­prendió un ataque aéreo, en el que estu­vieron ¿I punto de morir, por lo que re­torna­ron a sus casas Sin acudir a la ci­ta­ción en el día indicado.

Según los testimonios de los cate­quis­tas To Jura y Uvae y el her­mano de To Rot, Tatamai, los ja­poneses señalaron que To Rot debía presentarse, aunque no lo hiciera el jefe. Le consideraban como una especie de guía de cate­quistas. El recibiría las consignas para pasárselas a los demás. Llegó, en efecto, To Rot, con un I grupo, a la policía. Los japoneses hablaron con él, pues, en ese tiempo ya comprendía algo de su idioma. Se valie­ron también de To Keta, el antiguo se­minarista. El tema de la convocatoria era reite­rativo, la prohibición de cualquier práctica de tipo religioso.

En otra ocasión hubo de ir solo a Ramata. Permaneció allí muchos días. Vuelto a casa, contó a su hermano Tatamai que le habían obligado a cavar refugios.

Siguió como siempre. Su valor y fuerza de voluntad eran indestruc­tibles. Se percataba más y más de los peli­gros que corría; no vaciló, pero sí adoptó medidas de pruden­cia: Recomendaba a las familias rezar por separado, en sus casas. Iba de un lado a otro visitando en­fermos y, cuando alguno moría, acudía de noche a rezar las ora­ciones de difun­tos; al día siguiente se les enterraba sin ceremonia al­guna.

To Joio, hermano de su amigo de in­fancia, To Buranga, volvió gra­vemente enfermo de Toma, donde había sido for­zado a trabajar para los japoneses . To Rot le asistió en su agonía, rezó en su casa, acon­sejó que no se hiciese ninguna manifestación pública de duelo que se le sepul­tara pacíficamente y se rezara por él en privado en las casas.

To Jura, catequista de Vunaidir, no tuvo en este tiempo muchas ocasiones de encuentro con To Rot. Testifica que To Rot le en­viaba con frecuencia instruccio­nes escritas,recomendándole que cui­dara asiduamente a los enfermos y les inspi­rara sentimientos de amor y de arrepen­timiento de los peca­dos.

Le aconsejaba prudencia y que procu­rara que la gente no acu­diera en masa a reuniones de ora­ción, sino que los divi­diera en grupos como él hacía en Racunai.

**TRAICIONADO**

**Y ENCARCELADO**

*La sabiduría y prudencia de Pe­dro no pudieron impedir su caída. Sucedió en la primavera de 1945. Estaba próximo el armisticio. Al­gún tiempo más y hubiera ganado su batalla; pero, a última hora, fué víctima de la venganza de sus ene­migos.*

En cuanto se impartió a los cate­quis­tas la prohibición de celebra­ciones reli­giosas, el policía To Me­tapa, fracasado por culpa de Pedro en el propósito inmo­ral de tomar como segunda esposa a Ja Mentil, percibió que había llegado la hora de la venganza. No había cesado de espiar a Pedro, especial mente los do­mingos por la ma­ñana. Rondaba sigilo­samente en torno a la granja de Palnalama y de la iglesia de la selva, donde ya no se celebraba ningún servicio religioso.

Un domingo por la mañana, Pe­dro había celebrado la boda de dos jóvenes parejas en la trinchera que usaban para la oración. Estaban presentes su her­mano Tatamai con algún otro testigo. Al final se pre­sentó el catequista de Vunadidir con una nueva pareja. Pedro, aun­que disgustado por el retraso, les casó también: ¿Presentía que esto habría de acarrearle su desgracia?

To Metapa, que, siguiendo su in­si­diosa costumbre, espiaba astuta­mente, se halló con la pareja de Vunadidir e in­quirió hacia dónde se dirigían. Ellos, in­cautos, res­pondieron con la verdad: ‑"A bus­car a Pedro para que nos case". Corrió a ponerlo en conocimiento de la policía de Vunadidir. Ningún otro deta­lle se sabe al respecto. Pedro fué arres­tado al día si­guiente y ya no recobró la libertad.

Tatamai, el hermano de Pedro, fué conducido ante la policía de Vunayara: ‑¿Ofició Pedro ayer alguna cere­monia religiosa?, le preguntó Mashida, el jefe de la policía.   
- En efecto, fué la respuesta.   
‑¿Estabas tu presente?   
 ‑Si.   
 ‑¿No sabías que estaban prohibi­das las funciones religiosas?   
 ‑Lo sabía.

El policía descargó sobre su ca­beza un golpe de bastón y lo re­cluyó en la cár­cel durante un mes.

Mashida y To Metapa se dirigie­ron a Taogo residencia de Pedro y sus herma­nos. Registraron lugar, la trinchera que había abierto como protección y para po­der practicar la oración; las casas de los tres hermanos, Tatamai, Pedro y Telo.

Abrieron cajones y male­tas. Confiscaron los libros de Pe­dro: Biblia, catecismo, cantoral, registros de bautismos y bodas e, incluso, dos crucifijos .Se llevaron también un impermeable de casa de Tatamai y una libreta de un Banco aus­traliano encontrada en la casa de Telo.

Llamaron a Pedro, que estaba tra­ba­jando para los japoneses muy cerca de allí, y hubo de seguirles, cargándole con algunos de los ob­jetos mencionados. A Telo, en­fermo a la sazón, le permitieron, por el momento, quedarse en su casa.

**INTERROGATORIOS**

Serían las dos de la tarde cuando lle­garon a Vunaira. Sometieron de inme­diato a Pedro a un interroga­torio. Tatamai estaba cerca y pudo ver y oír casi todo al principio: ‑¿Celebraste ayer servicios reli­giosos?

Pedro asintió y recibió un golpe en la cabeza y muchos más en el pecho y se le condenó a dos meses de prisión.

Tatamai no sabe si le interrogaron sobre la cuestión de los matrimo­nios bí­gamos, ya que le enviaron a trabajar sin que pudiera continuar viendo el interro­gatorio.

Lo sucedido lo sabemos por Ta­rue, jefe de Navunaram y tío de Pedro. Se lo contó el mismo Pedro en la prisión:   
 ‑Me acusaron, primero, de haber ce­lebrado servicios religiosos. Me repro­charon, después, mi actitud frente a los bígamos. Mi hermano Tatamai declaró que le había prohibido vivir con Ja Tia. Este segundo cargo acentuó el primero.

Tarue no ha tenido empacho en sos­tener que Pedro habría sido puesto en libertad de haberle acu­sado sólo de cele­brar ceremonias religiosas; pero, en aquel estado de cosas, el jefe policía quería con­graciarse con sus colaborado­res..

Hay otro testimonio, el de su es­posa, que también recibió confi­dencias de Pedro, en la prisión, acerca de su inte­rrogatorio. Le aseguró Pedro que un es­pía japo­nés le había manifestado que Mashida, el jefe policía, había convocado a Tatamai y a Tata para interrogarles so­bre asuntos matri­moniales. Le certificó que también él había sido interrogado sobre los matrimonios, además de sobre los servicios religiosos. Significó que se había sentido muy solo, que nadie le ayudaba, que, acabado el interrogatorio, había sido confi­nado en una celda muy pequeña, dentro de la trinchera excavada en la tierra.

Pasados algunos días, detuvieron a Telo, el hermano menor de Pedro, a causa de la libreta del Banco encontrada en su casa. Nadie asistió al interrogato­rio, pero sí a la tortura: Le colgaron de un árbol de papaya y le golpearon hasta que perdió el conocimiento. Mashida, equivocadamente, creía que Telo era un espía australiano.

Sospechaban que también Tatamai tenía dinero australiano. To Metapa fué a ver a su esposa y le mintió asegurándole que su marido había confe­sado tener di­nero escondido. Ella, enga­ñada, le mostró el escondrijo y le entregó el dinero: ¡Dos libras de plata! No hubo consecuencias apreciables.

**MOTIVOS DEL ARRESTO**

Al anochecer permitieron a Pedro salir de la trinchera. Una vez fuera, su­surró a Tatamai: ‑Malo es morir acribi­llado por una ametra­lladora o despeda­zado por una bomba; pero es bueno mo­rir por la fe. Se Recibe la recompensa en el cielo.

La residencia del jefe Tarue esta­ba en las inmediaciones de la pri­sión, pero él no estaba en casa cuando su sobrino fué detenido. A su vuelta le interrogó Mashida: ‑¿Tienen, los nativos, dinero in­glés?   
 -Sí, aún nos quedan monedas bri­táni­cas.

Vuelto a su casa, comentó con su mujer qué significaría tal pregun­ta. Ella le puso al corriente de la detención de Pedro y sus hermanos y de las monedas que habían ha­llado en el registro.

Corrió a la prisión y abordó a Pedro sobre el tema:   
 ‑Fui acusado, señaló, de celebrar funciones religiosas, no de poseer dinero. Ese asunto no nos con­cierne, ni a mí, ni a mis hermanos. El motivo de mi deten­ción, insis­tió, es haber celebrado cere­monias religiosas, haber trabajado para Dios y haber reunido a la gente para re­zar. No tengo miedo, no renegaré de Dios. Conozco a la policía y no me hago la ilusión de ser liberado antes de morir.

Pedro era plenamente consciente de la gravedad de su situación.

Tarue fué a ver a Mashida para ha­blar en favor de Pedro. Mashida le min­tió cínicamente: ‑Dentro de poco será liberado.

Añadamos al respecto algunos otros testimonios: Un católico de Malagunan, To Romano, que ya estaba prisionero a la llegada de Pedro y que nada sabía del juicio que le habían hecho, le preguntó el porqué de su detención: ‑Por haber celebrado matrimonios y haber reunido a la gente para re­zar, es­cuchó como respuesta.

Dos metodistas, To Vamari y To Binabak, detenidos después de Pedro, oyeron a unos espías a quienes pregunta­ron por el motivo de la detención de Pedro: ‑Está detenido a causa de su fe.

Al mes de su encarcelamiento fué puesto en libertad Tatamai. Aprovechó la ocasión Tata, el jefe de Pedro, para preguntar a Mashida por la prolongación del cautiverio de Pedro:

‑Es una mala persona, contestó el aludido. Impide que los hombres tengan dos mujeres, si así lo de­sean; llama a la gente para rezar por ser él mismo aficio­nado a la oración. ¿No sabías, recalcó, que Pedro es una mala persona?

En vano trató de defenderlo Tata, alegando su bondad cien veces compro­bada. No quisieron escu­charle.

Todos se asustaron en Vunalaka al enterarse de la detención de Pedro; pero nadie pudo sospechar lo que le esperaba, máxime te­niendo en cuenta que contaba con numerosos amigos japoneses. En un principio sospecharon de su hermano Tatamai, pero enseguida se percataron de que el policía To Metapa no había ce­sado de es­piarle y de rondar, sobre todo los domingos, en torno a Palnalama, donde solía hacer Pedro las cele­bracio­nes religiosas.

Piensa To Uvae, otro de los cate­quis­tas, que de no ser por los pro­blemas de la bigamia, a la que Pedro se opuso fron­talmente en defensa de la santidad y unicidad del matrimonio cristiano, aún es­taría vivo.

**DISPUESTO A MORIR**

Pedro siguió en la prisión. No era una cárcel al estilo de las que se acos­tumbran. Era una cabaña rús­tica cons­truida sobre postes, si­tuada en un valle angosto. Disponía de una pequeña balco­nada y tenía capacidad para seis u ocho reclusos. En otra cabaña, la cocina. Un corto túnel, abierto en el talud de la lade­ra, servía de re­fugio. Allí se celebraban los inte­rrogatorios. Allí encerraron a Pedro el primer día y también fué allí donde, finalmente, fué asesi­nado.

En la loma izquierda se levantaba la granja Vunayara, hogar del jefe Tarue. Los prisioneros, como es costumbre entre los nativos, pasa­ban la mayor parte del tiempo al aire libre. La cabaña era su dormi­torio y su refugio en el mal tiem­po. Tatamai y Pedro tuvieron como primer trabajo la construc­ción de una pocilga para los cer­dos de los japoneses. Telo no era capaz de trabajar. Después, Pedro pasó a la cocina, mientras Tatamai traba­jaba en el campo.

La prisión estaba rodeada de pla­tana­res y sin barreras. Si n em­bargo, los na­tivos temían acer­carse, pues, tanto entre los japone­ses, como entre sus propios paisa­nos, se camuflaban los espías, a quienes se conocía como "los chi­cos po­licías". Los prisioneros se encontraban con sus visitantes en las plantaciones vecinas o en la granja de Tarue.

Pedro recibió muchas visitas de

parientes y amigos. Las más asi­duas fueron su anciana madre y su esposa. Durante todo el tiempo de la prisión fue­ron cada día, llevándole alimentos.

Su hermana Varpilat cuenta que, en una de las primeras visitas acompañada de su otra hermana y su madre, hallaron a los tres her­manos, ateridos, calentándose junto al fuego. Lloraron al verlos; pero Pedro les consoló diciendo: ‑"No lloréis rezad, yo estoy con­tento de estar prisionero por una buena causa; mis hermanos lo es­tán por culpa del di­nero".

Creía, en su buena fe, que la acu­sa­ción sobre el dinero no era grave y se­rían, por tanto, puestos en li­bertad muy pronto. Dirigiéndose a su madre, añadió: ‑"Quizá los japoneses vayan a busca­ros a vosotras tres y así esta­remos todos juntos en la prisión".

Después de la sesión de tortura, Telo quedó incapacitado para cualquier tra­bajo duro, por lo que Mashida decidió ponerlo en liber­tad al cabo de dos sema­nas, tal vez por el rescate pagado por sus pa­rientes.

También Pedro intentó conseguir su libertad mediante un rescate. Pidió a su hermano Telo que fuera al catequista de Vunadidir, To Jura, para que le diera un pollo, huevos y fruta, que pensaba ofre­cer a Mashida, en la esperanza de que le ayudase a conseguir la liber­tad. To Jura no se encontraba en casa; su mujer, Ja Malana, dio a Telo cuanto solicitaba. No sirvió de nada. Pedro no fué liberado.

Al cabo de un mes soltaron a Tatamai. Pedro continuó en la prisión. Sus comentarios reflejan que estaba cada vez más conven­cido de que habría de morir. A pe­sar de ello, no vacilaba, ni se en­tristecía.

Tata, su jefe, que, después de la libe­ración de Tatamai había abo­gado en vano ante Mashida en fa­vor de Pedro, fué a visitarlo. To Rot le dijo: ‑Estoy preso por el asunto de la bi­gamia y por los servicios religio­sos. Moriré; pero tu habrás de cui­dar de mi gente".

El jefe sugirió que trataría, una vez más, de conseguir su libera­ción por me­dio de un rescate. Le rechazó la idea: ‑Olvídalo. Ya me han sentenciado a muerte.

Luisa Ja Katai, de Rakunai, a quien Pedro había dicho, el día de su deten­ción, "voy a prisión por mi fe", le visitó en la cárcel varias ve­ces. Le dijo abier­tamente: ‑"Moriré por mi fe". Y le pidió que el la y los demás le ayudaran a re­zar. En otra ocasión le apuntó: ‑Si preguntan por el refugio, diles que celebré allí servicios religiosos y que recé con la gente. No vayáis a desmen­tirme después de mi muerte. Voy a morir por mi fe. Si es la voluntad de Dios, seré asesi­nado por mi fe. Soy un hijo de la Iglesia y, por tanto, moriré por la Iglesia".

Sus compañeros de prisión conta­ban historias similares. Le dijo a Varmari: ‑Estarás libre antes que yo. No sé lo que pasará conmigo.

Y a To Romano: ‑Está bien. Pueden matarme por mi fe.

Durante esta etapa última ‑Tatamai estaba ya fuera de la prisión‑ los japone­ses organizaron un baile para los nati­vos. Se cele­bró en la granja de Palnalama, donde estaba la iglesia de la selva. Le permitieron a Pedro asistir al baile, vigilado por los guardias. Se en­contró con To Vue, su compa­ñero cate­quista, le llevó hasta una de las trinche­ras y le advirtió: ‑Vosotros tres tenéis que hacer vuestro trabajo de catequistas con firmeza.

To Varto, que fué más tarde suce­sor de Pedro, también le vio allí. Comprobó que no había cambiado nada y que goza­ba de buena salud. En medio de la con­fusión y el ruido, pudo preguntarle:   
 ‑¿Estás libre?   
 ‑No, no lo estoy, susurró Pedro, mientras miraba insistentemente el grupo de bailarines.

To Burangan, su compañero de in­fancia, vio a Pedro, pero no tuvo ocasión de hablarle. Tras la fiesta, Pedro hubo de volver a la prisión. Se había costipado ligeramente. Aprovechó la ocasión su tío Tarue para solicitar que Pedro pudiera dormir en su granja. Se lo conce­dieron: Durante el día, trabajaba como cocinero de la prisión y las noches las pasaba en la granja de su tío.

En este tiempo visitaron a Pedro su anciana madre y Luisa Ja Katai. Estuvieron sentados juntos durante un rato hasta que Pedro les insis­tió:   
 ‑Id a casa y decid a la gente que, en adelante, no se reúnan para re­zar; recen con los suyos, en sus casas.

Era evidente que quería evitarles compartir su suerte. Y añadió:   
 ‑Id a casa y decid a mis hermanos Tatamai, Telo y Ja Varpilak que recen por mí.

Su madre se quedó preocupada y le miró tristemente. Pedro bajó la cabeza y les urgió para que se fue­ran pronto a casa.

Un día, como de costumbre, le trajo comida su mujer; él le pidió que le lle­vase ‑escondidos‑ sus en­seres de afeitar, una túnica blanca, su rosario y su cruz de catequista. Se lo llevó todo al día si­guiente, muy de mañana, junto con una gallina y algunos yames. Pedro comió muy poco. Subía de grado la preocupa­ción de su mujer. Le parecía todo dema­siado secreto y misterioso. Trató de per­suadirle de que dejara su trabajo de cate­quista y que, en adelante, llevara una vida tranquila y retirada. Pedro contestó con firmeza:   
 ‑Esto no es asunto tuyo. Es mi de­ber morir por mi pueblo en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Acompañó estas palabras con la señal de la cruz. La esposa no percibió en él signo alguno de te­mor, ni de preocupa­ción. Permanecieron sentados juntos largo rato hasta que Pedro le pidió que retornara a casa con sus hijos.

Ese mismo día ‑era viernes‑ le llevó su madre a la granja de Tarue algunos cocos, frutos del pan y verduras. Pedro le anunció: ‑La policía me ha dicho que ven­drá un doctor japonés a darme una medicina. No sé qué significa. Puede ser una men­tira, ya que yo no estoy enfermo.

También se lo comunicó a su compañero de prisión To Binabak.

Al llegar a casa la madre confió a su hija Ta Varpilak: ‑Pedro me ha dicho que esta no­che volverán a llevarlo a la cueva.

Se refería a la trinchera japonesa en que había sido interrogado y retenido al principio.

(Continuará)

***P. José Theler M.S.C.***